

Juan Arnau

El viajero mental

Una historia de la psicodelia



Galaxia Gutenberg

JUAN ARNAU

El viajero mental

Una historia de la psicodelia

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2025

© Juan Arnau, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Gama, S.L.
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 11003-2025
ISBN: 979-13-87605-55-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Si las puertas de la percepción fueran depuradas, todo se mostraría tal cual es, infinito.

WILLIAM BLAKE

Nuestros hábitos lingüísticos nos llevan al error, nos inclinamos a decir «me imagino» cuando lo que deberíamos decir es «se levanta el velo para que pueda ver». Espontáneas o inducidas, las visiones no son nunca nuestra propiedad personal.

ALDOUS HUXLEY

Hay en el alma ventanas por las que pueden verse imágenes creadas no por la imaginación humana, sino por la divina.

GEORGE WILLIAM RUSSELL

Índice

Preludio.	II
1. La ciencia psicodélica	13
2. El talento de las plantas.	29
3. El poeta psiconauta.	53
4. Las puertas de la percepción	81
5. La inteligencia del hongo	115
6. Desconócete a ti mismo.	139
7. El lejano espacio interior.	159
8. Agentes de feminización (frente a la mecanización masculina del mundo).	195
Epílogo. Neuronas, chamanes y antropólogos	209

Preludio

Una planta o un hongo es lo más natural que existe. Ahora bien, su inteligencia no es la nuestra. Participar de ella puede desestabilizar la mente, desvelar aquello que Michaux llamaba «maravilloso normal». O bien permitir un diálogo con ese otro mundo «donde viven los espíritus y los santos, donde todo ha sucedido y donde todo se sabe». La chamana mazateca María Sabina afirmaba que ese «otro mundo», que es también el nuestro, tiene un lenguaje propio. Ella, con sus múltiples viajes, había logrado entenderlo. «Los hongos sagrados me llevan y me traen al mundo donde todo se sabe. Yo les pregunto y ellos me responden. Cuando regreso, simplemente repito lo que me dijeron.» No es cierto que en ese otro mundo se sepa todo, pero sí lo es que allí se ven cosas que aquí no podemos ver.

Este libro se ocupa de varios tipos de sustancias psicoactivas, derivadas de cactus, lianas, cáñamo y hongos. También recoge las experiencias de diferentes psiconautas vinculadas con la propuesta de una mente extendida que presenté en una obra anterior.¹ La mayoría de ellas se relacionan con el descubrimiento y la ingesta de alguna planta psicoactiva que permite la conexión con dicha mente extendida o facilita la experiencia de la unidad esencial de todas las cosas. William Blake, hasta donde sabemos, tenía esas experiencias sin necesidad de consumir ningún psicoactivo. El poeta y grabador inglés podía viajar por los mundos sutiles como lo hace un experto psiconauta o como ocurre en los casos de sonambulismo clarividente, que estudiaré en una próxima obra con el título provisional de *La meditación lunar*.

1. *La meditación soleada: propuestas para una cultura mental*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2024.

A dichas sustancias no las llamaré «drogas», porque no lo son. No crean adicción, no deprimen el sistema nervioso, no son narcóticos ni estimulantes. Debemos tratarlas con respeto y consideración, pues contienen energías poderosas. Brindan acceso al lado interno de la realidad, que se pierde con la contemplación abstracta de la naturaleza. Nos ofrecen la oportunidad de atisbar el lado nocturno de las cosas, mundos desconcertantes, parecidos a los oníricos, que encriptan la historia natural de la especie, con todas sus vicisitudes, tragedias y prodigios. Las plantas fueron las primeras formas de vida en la Tierra y la base para el desarrollo de los animales. Las plantas tienen una relación privilegiada con el Sol, que sustenta la vida de nuestro planeta. Absorben los rayos solares y sintetizan compuestos orgánicos. Gracias a la materia vegetal, la energía solar se transforma en energía química y suministra las calorías y vitaminas esenciales para la vida.

Algunas de estas plantas se consideraron sagradas, porque transportaban al sujeto a la morada de los dioses o a regiones etéreas, maravillosas o terroríficas. Sabemos que el uso de las plantas psicoactivas, que algunos prefieren llamar «enteógenos» («dios dentro de nosotros»), se remonta a la antigüedad y sigue desempeñando un papel significativo en rituales de pueblos indígenas contemporáneos. Pero sólo recientemente antropólogos y etnobotánicos han tomado conciencia de su importancia. Ha llegado el momento de que lo haga la filosofía, pues la idea de la mente que sugiere la experiencia psicodélica tiene muy poco que ver con los postulados dominantes en las neurociencias actuales. No hay nada sobrenatural en todo ello. Estas sustancias son capaces de expandir la mente y de servir como sofisticados microscopios para desentrañar algunos de sus secretos, tanto de la mente individual como de la colectiva. En este sentido, son herramientas valiosas para la psicoterapia y el tratamiento psiquiátrico. Los enteógenos pueden ser útiles para curar enfermedades porque son tóxicos. De la dosis dependerá que sean veneno o medicamento.

I

LA CIENCIA PSICODÉLICA

El debate filosófico en torno a los psicodélicos apenas ha comenzado. La investigación con sustancias psicoactivas vivió su época dorada en los años cincuenta. Pero la guerra de Vietnam y ciertos acontecimientos desafortunados de la contracultura de los sesenta acabaron por convertir el tema en un tabú científico. La administración Nixon cortó por lo sano, dejó de financiar estas líneas de investigación y las prohibió. Hubo que esperar a comienzos del siglo XXI para que se reactivara el uso controlado de sustancias psicoactivas, en terapias asociadas con enfermedades terminales, cuadros de ansiedad, depresión, angustia psicosocial, adicción y trastorno de estrés postraumático. Los tratamientos han confirmado la eficacia terapéutica y transformadora de estas sustancias. Incluso en voluntarios sanos, se han constatado beneficios psicológicos importantes y prolongados. Algunos de estos pacientes relatan experiencias de disolución del ego en las que se superan las limitaciones espaciotemporales: la sensación de que el tiempo se ralentiza o se detiene, la impresión de pertenecer a una conciencia cósmica y la experiencia, jubilosa y abrumadora, de la unidad de todas las cosas. Otros van más allá y hablan de una intuición genuina: la experiencia directa del Uno primordial, origen de la existencia. Lo divino no está «ahí fuera», en algún lugar, sino dentro de uno mismo. Por decirlo en términos de Nisargadatta, la verdad no es algo que se conoce, sino que se es. Se es el amor, se es todas las cosas. Un tipo de experiencia cercana a algunos de los estados de la meditación budista y que pone en entredicho la cosmovisión materialista, según la cual la conciencia no es el fundamento del cosmos, sino un invitado tardío, prescindible y ocasional a la fiesta de la evolución. Desde la perspectiva fisicalis-

ta, las pretensiones místicas de los psiconautas no serían más que alucinaciones metafísicas e ilusorias de una actividad cerebral aberrante. Sea como fuere, la ciencia psicodélica pone de manifiesto fenómenos de profundo interés filosófico. Aldous Huxley veía en las revelaciones psicodélicas las «antípodas de la mente». Una región prometedora para la investigación científica rigurosa. Para Stanislav Grof, estas sustancias son como los telescopios de los astrónomos y los microscopios de los biólogos: herramientas poderosas para cartografiar la mente del mundo, que no se puede comprender descomponiéndola (no admite prácticas de cirujano), sino que requiere de una aproximación experiencial e integradora.

La psiconáutica occidental moderna se inicia en 1897. Ese año, el químico alemán Arthur Heffter aísla la mescalina, el principio activo del peyote. Le sigue el descubrimiento en 1927 de la psilocibina, utilizada por los indígenas mazatecos desde tiempo inmemorial. El banquero y micólogo estadounidense Robert Gordon Wasson y su esposa, la pediatra rusa Valentina Pávlovna, dan a conocer los rituales con hongos psilocibios celebrados por María Sabina. La DMT (dimetiltriptamina) es sintetizada por primera vez en laboratorio en 1931 por el químico canadiense Richard H. F. Manske. En ese momento, Manske no sabe que se trata de un compuesto psicoactivo presente en plantas utilizadas en contextos chamánicos, como la ayahuasca. En los cincuenta, el psiquiatra y químico brasileño Oswaldo Gonçalves de Lima descubre la presencia de DMT en plantas amazónicas como parte de las preparaciones tradicionales de ayahuasca. Y en 1956 el investigador húngaro-estadounidense Stephen Szára administra DMT a humanos (vía intramuscular) y estudia sus efectos en un contexto científico. El químico suizo Albert Hofmann sintetiza el LSD en 1938. Casi treinta años después, el químico sefardí Raphael Mechoulam aísla el principio activo del cannabis: THC. Posteriormente se descubre que el cuerpo humano produce de forma natural cannabinoides que regulan el estado de ánimo, el dolor y la memoria. El MDMA lo sintetiza en 1976 el farmacéutico y quí-

mico estadounidense Alexander Shulgin y se introduce en la psicoterapia de forma extraoficial para inducir experiencias de empatía, compasión y proximidad emocional. No es de extrañar su éxito para la psique atomizada e individualista de nuestro tiempo: una era «conectada» que nos ha aislado. Shulgin y sus colaboradores desarrollan una escala destinada a clasificar los efectos de los diversos psicoactivos. El registro de sus experiencias con centenares de estas sustancias constituye una valiosa fuente de información para los psiconautas. Desde entonces, la investigación de los estados holotrópicos (experiencias de totalidad) ha puesto en tela de juicio algunas suposiciones de la psiquiatría. La meditación sedente o en movimiento, los ejercicios respiratorios, el ayuno, la privación del sueño, la hipnosis y el uso de psicodélicos son los métodos más poderosos para inducir experiencias de unicidad. Existen pruebas abrumadoras de que la conciencia no es producto del cerebro humano. Si bien el cerebro tiene que ver con la conciencia, en modo alguno la genera o crea. Todas estas experiencias confirman que no estamos «encapsulados en la piel» (Watts) y que no somos conscientes de la totalidad de nuestro ser. En su vida cotidiana, el individuo moderno se encuentra circunscrito a una fracción muy limitada de su capacidad perceptiva y experiencial.

El Viernes Santo de 1962, un estudiante de doctorado llamado Walter Pahnke realizó un experimento hoy legendario en la capilla Marsh de la Universidad de Harvard, bajo la supervisión de Timothy Leary, con el propósito de conocer los efectos de la psilocibina en la experiencia religiosa y espiritual. Participaron veinte estudiantes de teología; a la mitad de ellos se les administró psilocibina, mientras que la otra mitad recibió un placebo. Ni los participantes ni los guías sabían qué sustancia había correspondido a cada cual. Pahnke elaboró un cuestionario para calibrar el tipo de vivencia. Cada participante debía evaluar sus propias sensaciones: la experiencia de unidad (interna o externa), la trascendencia del espacio y el tiempo, la impresión de objetividad y realidad, la suspensión de condicionamientos lingüísticos e incluso la

superación de lo simbólico. Los resultados sugirieron que aquellos que habían recibido psilocibina experimentaron una profunda conexión con el todo que podría equipararse a la descrita por los místicos de todas las épocas. El estudio concluyó que la psilocibina era capaz de inducir experiencias profundas y significativas de unidad en personas sanas.

Un momento decisivo en toda esta historia fue el descubrimiento accidental del LSD por Albert Hofmann, que experimentó en primera persona los potentes efectos de esta sustancia extraída del cornezuelo del centeno, un hongo parasitario de los cereales. En 1956 la farmacéutica suiza Sandoz envió a la Facultad de Medicina de Praga una caja llena de ampollas junto con una carta que explicaba su contenido y advertía que, en microdosis, la sustancia podía inducir una «psicosis experimental» similar a la «psicosis real». La farmacéutica pedía a los médicos su colaboración y que le reportaran sus resultados. La carta también sugería que el LSD podía ayudar a la formación de psicólogos y psiquiatras, al permitirles pasar un breve tiempo inmersos en el mundo de sus pacientes y, de este modo, comprenderlos mejor. Poco después empezó a reconocerse la similitud, en lo que a sus efectos se refiere, del LSD, la mescalina (principio activo del peyote, una cactácea proveniente de las regiones áridas del norte de México, célebre por poseer sustancias alcaloides cuyo consumo producía alucinaciones y alteraciones en la mente) y la psilocibina (que se obtiene del hongo sagrado *Psilocybe mexicana*, conocido como *teonanácatl*, «carne de Dios», y utilizado por los indígenas de Oaxaca).

Stanislav Grof, por entonces un joven médico interesado en el psicoanálisis pero decepcionado con la ciencia freudiana (muchas horas de terapia para escasos resultados), se ofrece como voluntario para probar la nueva sustancia psicoactiva. Le administran 150 microgramos y se somete a una intensa luz estroboscópica (en busca de las llamadas «ondas cerebrales»). El propio Grof ha narrado la experiencia. En un primer momento tiene la visión de coloridos fractales, arabescos y patrones caleidoscópicos. En una segunda fase, penetra en su propia historia personal y establece conexiones inauditas. Entre la segunda y la tercera hora se tumba

y le colocan unos electrodos. Siente entonces una explosión de luz (debido al foco estroboscópico) que asocia con la explosión atómica de Hiroshima. «En ese momento mi conciencia es catapultada fuera de mi cuerpo, pierdo la conexión con la sala del experimento, el asistente y la clínica, con Praga y, después, con el planeta.» Tiene la sensación de que la conciencia carece de fronteras. «Me convertí en *todo lo que es*, en la totalidad de la existencia.» Experimenta, con los ojos cerrados, un despliegue de visiones cósmicas. A continuación, el asistente reduce la luz. «Mi conciencia se contrajo de nuevo: volví a conectar con el planeta, con la sala y, finalmente, con mi cuerpo. Vi claro que lo que me habían enseñado en la universidad, que la conciencia es producto de procesos neurofisiológicos del cerebro, no era verdad.» A partir de esa experiencia, Grof se dedica al estudio de los estados no ordinarios de conciencia. En este punto hay que hacer una matización. Cuando Grof habla de «conciencia» debería decir «mente». No hay «estados ampliados de conciencia», porque sencillamente la conciencia no es algo que pueda ampliarse (no es espacial), mientras que sí puede hablarse de «estados ampliados de la mente». La conciencia tampoco es «mía» o de nadie. Carece de ego. La mente sí, cada cual participa de la suya. La mente puede participar en mayor o menor grado de la conciencia, y cuando esa participación se amplía, se tiene esa sensación de que uno «es todas las cosas» y de que el mundo de la conciencia es ilimitado. Pero esto ocurre siempre desde una mente particular. Este tipo de experiencia, como otras que son resultado de la práctica de la meditación, conducirán al nacimiento de la «psicología transpersonal». Pero esta nueva disciplina sigue confundiendo conciencia y mente, de ahí que su curso haya sido más o menos errático, aunque apunte en la buena dirección.

A principios del siglo xx, la psicología y la psiquiatría están dominadas por el conductismo y el psicoanálisis. Para desligarse de esas tendencias, Abraham Maslow funda la psicología humanista. William James abandona el campo de la medicina y la psicología para dedicarse por entero a la filosofía. Inspirados en su libro *Las variedades de la experiencia religiosa*, un grupo de investigadores se reúnen en Palo Alto con el objeto de distanciarse

de la psicología académica. Entre ellos se encuentran el propio Maslow, Grof y Viktor Frankl. Todos están de acuerdo en que la espiritualidad (que sería mejor llamar «cultura mental») no puede reducirse a mera superstición o a simple pensamiento mágico primitivo. Todos muestran interés en los estados ampliados de la mente y en las experiencias de totalidad, así como en las prácticas chamánicas, la antropología, el budismo y el hinduismo, el taoísmo, el sufismo y las terapias psicodélicas y holotrópicas (mediante la respiración, la música o el trabajo corporal). Algunos acusan a la escuela en ciernes de acientífica, de refugio de embaucadores y charlatanes. No andan desencaminados. Hay numerosos impostores, pero, al mismo tiempo, el movimiento es una impugnación en toda regla de la cosmología moderna. Lo que se entierra de forma precipitada siempre acaba regresando. Tanto la psicología oficial como la transpersonal se equivocan al creer que hay una química de la conciencia. Hay química en el cerebro. Pero el cerebro no produce la conciencia, la filtra. Si cambias el filtro, cambiará la experiencia. Ciertas sustancias desactivan inhibidores, abren vías, pero todo ello no afecta a la conciencia. Simplemente modifican el modo en que la mente experimenta la conciencia.

Lo transpersonal no es posible sin lo personal. Y lo personal es el ego. Todos tenemos nuestra cuota de ego. De hecho, el ego es fundamental para la vida. Lo que consideramos vida no es posible sin el ego. Si uno quiere liberarse del ego (algo en principio imposible), debe tener un ego fuerte. Un ego débil es dependiente, y la dependencia es lo opuesto de la libertad. El que quiera trascender el ego partiendo de un ego débil o enfermizo sólo incrementará sus propios delirios. Pero, si bien la vida requiere del ego, un exceso resulta exasperante. Es el llamado «cansancio ontológico». Borges lo expresó así: «La peor pesadilla, para mí, sería ser Borges por toda la eternidad». El olvido de sí es una necesidad. Por eso leemos novelas, vemos películas o nos enamoramos. Para olvidarnos de nosotros mismos. Liberarnos momentáneamente del ego, además, nos libera de la muerte. Sin ego no hay muerte, pero tampoco hay vida. La vida requiere cierta sensación de realidad ontológica. Eso es el ego, un sentimiento de identidad. La vida tiene que construir el ego para desarrollarse. Los hindúes

llaman a ese mecanismo *aham-kāra*, el «hacedor de yo». Pero ese sentimiento es inestable, queda en suspenso en los sueños, en la experiencia artística, cuando meditamos o contemplamos con plena atención un objeto. O cuando estamos dispuestos a dar la vida por algo. Pero todas esas acciones nobles, paradójicamente, precisan de un ego.

¿Y dónde radica la persona? Uno de los presupuestos fundamentales de mi libro anterior, *La meditación soleada*, es que la persona no es la mente, ni el ego, ni el cuerpo, ni lo inconsciente. La persona es el diálogo de todo ello con la conciencia, de la que participa. Ésa es la compleja urdimbre con la que hemos de lidiar. Reducir la persona al cuerpo, a su ego o a su mente supone un grave error, un error limitante y fatal. En esa línea trabajan los enemigos de la libertad. Lo que muere con la muerte es un tipo particular de estas relaciones. Un ejército móvil de asociaciones, un hábito extendido en el tiempo y en proceso de transformación.

La experiencia psicodélica muestra una enorme variabilidad. Es cierto, como sostiene Huxley, que se observan ciertos motivos: piedras de fuego, frutas transparentes, islas de cristal, caleidoscopios de colores brillantes, piedras preciosas sin tallar, estatuas antiguas, intensas líneas luminosas en zigzag (que se transforman en nubes), racimos de gemas, lotos resplandecientes, dioses danzantes, demonios hambrientos. Imágenes todas ellas que guardan similitud con las del folclore y la religión. Pero la experiencia psicodélica desmiente la farmacología por el hecho de que una misma dosis de la sustancia no produce los mismos efectos en diferentes individuos. Se entiende mejor como un instrumento de observación, un microscopio de la mente, que permite ver aspectos que antes estaban ocultos (o no pasaban el filtro). El psicotrópico intensifica, profundiza, ralentiza y dilata ciertos aspectos de la mente. De ahí que se produzcan fenómenos de «emergencia espiritual» o «crisis de apertura». Funciona como la ampliadora fotográfica o los líquidos de contraste. Aunque conviene recordar que hay personas cuya sensibilidad puede llevarlas a tener experiencias parecidas a las psicodélicas sin haber consumido ningún psicoactivo, como veremos en el caso de William Blake, lo cual hace pensar

que los enteógenos facilitan un tipo de percepción penetrante y extendida que se encuentra entre nuestras capacidades innatas.

La obsesión y el genio occidentales han consistido en transformar el mundo exterior y adaptarlo a nuestras necesidades. Para ello ha hecho falta una metafísica de la objetividad, del dentro-fuera. Las sustancias psicoactivas parecen desmentir la distinción entre sujeto y objeto. James utilizó el óxido nitroso, Huxley la mescalina, Grof el LSD. No somos egos solitarios aislados por una pared carnosa. Para identificar la naturaleza de estas sustancias puede ser de utilidad una dialéctica negativa. No son narcóticos, ni intoxicantes, ni analgésicos. Más bien, como dice Alan Watts, llaves bioquímicas que nos abren la puerta a una nueva sensibilidad, a experiencias inauditas y transformadoras. Muestran, en definitiva, que la reflexión filosófica no puede desvincularse de la imaginación poética y la textura danzante del mundo. Desmienten la falsa creencia de que los árboles están hechos de madera y las montañas de piedras. Tanto el árbol como la montaña son cualidades, conjuntos de impresiones, no sujetos materiales. Si queremos ser genuinamente empíricos, la materia no puede ser sujeto, sólo cualidad, impresión, experiencia. Los efectos de estas sustancias tienden a neutralizar procesos inhibitorios o selectivos del sistema nervioso, lo que hace que la sensibilidad alcance un estado de mayor apertura. Sería inexacto llamarlos «alucinógenos», puesto que, aunque deforman la visión, no producen visiones con los ojos abiertos ni hacen oír voces. Los efectos son muy complejos, tanto de contacto con la propia historia personal como de interacción con el entorno. Su función principal es aguzar la sensibilidad hasta un grado extraordinario. La experiencia resulta tan profundamente reveladora y conmovedora que digerirla puede llevar meses o años. De entre todas estas sustancias, el LSD, si se administra la mínima dosis requerida, es la menos tóxica de todas. Rara vez produce las náuseas que acompañan al uso de la ayahuasca y, en ocasiones, del peyote o los psilocibios. No tiene nada que ver con el sopor del opio ni con la ceguera del borracho. Al contrario, supone una aventura de la percepción, creativa y positiva, a la altura de la dignidad de la mente y abierta a la profundidad de lo real. El mundo que aparece bajo

sus efectos es más vivo e intenso que el habitual, pero no puede considerarse más verdadero que el de la experiencia común. En ese otro mundo somos como el viajero en un país extraño. Todo nos sorprende y conmueve. El péndulo de la emoción oscila con mayor amplitud, de lo terrible a lo dichoso, de lo abrumador a lo sereno. Ninguna de estas experiencias puede llamarse alucinación, salvo cuando se experimentan visiones con los ojos cerrados (como en sueños). Las cosas se muestran con mayor gracia y brillo. La rapidez del pensamiento o la agilidad de las asociaciones, ya sea entre elementos de la propia historia personal o entre percepciones del mundo exterior, resulta asombrosa y desconcertante. Seguir su ritmo es agotador, de ahí que la experiencia tenga que limitarse en el tiempo. Como apunta Watts, «las imágenes que se nos muestran ante los ojos cerrados no son sólo quimeras, sino modelos y escenas de tal intensidad y autonomía que incluso parecen estar físicamente presentes». Pero esas imágenes revisten, al menos desde la perspectiva de este cronista, mucho menos interés que la impresión transformada del mundo y la velocidad en la asociación de ideas. La vida es movimiento, pero esa agitación, esa danza, se desarrolla libremente. Nada nos puede asustar, pues nada le sucede a nadie. Como intuyen los budistas, el ego no es sustancial. El ego es un rizo, una reverberación, un saber del saber, un miedo del miedo, una alegría de la alegría. La propia identidad de cada cual se siente como algo muy viejo y, al mismo tiempo, muy poco familiar. Se advierte que el ego es el disfraz necesario para el juego de la vida y el amor. Una máscara imprescindible para el deseo, que es el motor de la existencia. Constatar esa insustancialidad puede ser más gozoso que terrorífico. Nadie está más loco que aquel que se muestra constantemente cuerdo y atado al sentido común, siempre a la defensiva, custodiando un tesoro inexistente, el de la propia identidad, que al fin y a la postre resulta intercambiable.

Seguimos sin saber de qué está hecho el universo. Shakespeare sugirió que del mismo material que los sueños. Los sufíes proponen que de imaginación. Para la visión moderna, esencialmente fisicalista, de materia y energía. Los filósofos hindúes creen que el mundo está hecho de percepción y deseo. Esta última versión es la

que mejor encaja con lo que el LSD dice de la mente. El ácido lisérgico reduce la frontera del ego y proporciona una mayor conexión con el entorno cósmico. Por eso es un buen remedio contra las cefaleas y la depresión (que es una forma de aislamiento, de ensimismamiento psíquico). Además, nos pone en contacto con la propia historia personal, con el itinerario mental que nos ha traído hasta aquí. La investigación con psicodélicos ayudará a la psiquiatría y la psicología convencionales a salir del laberinto en el que se hallan desde hace ya casi un siglo (hasta el extremo de que James, fundador de la psicología moderna, abandonó esta disciplina). Permitirá una nueva comprensión de los trastornos emocionales, de la vida ritual y espiritual, de la violencia y la codicia humanas, de la sexualidad, de la creación artística y de la experiencia de la muerte.

En tu pecho están todas las estrellas

El desafío moderno estriba en integrar la abrumadora experiencia de que el mundo tiene una naturaleza mental. Lo dijo Werner Heisenberg, que fue quien concibió por primera vez una formulación matemática de la teoría cuántica y quien enunció el principio de incertidumbre:

Algunos físicos preferirían regresar a la idea de un mundo real y objetivo cuyas partes más pequeñas existen en el mismo sentido en que las piedras o los árboles existen independientemente de que los observemos o no. Sin embargo, esto ya no es posible.

Einstein asumía el postulado del racionalista: el orden del pensamiento coincide con el orden de lo real. El universo era comprensible porque tenía un trasfondo matemático. De ahí la efectividad de la física clásica. Pero la física clásica resultó ser provinciana. Sólo funcionaba en las distancias cortas. La geometría de Euclides es una geometría de miopes. Las matemáticas y la geometría se convirtieron en la nueva revelación. La materia, desde Descartes, era un puro mecanismo. Pero el éxito técnico y ma-

temático de la ciencia no guarda relación con su verdad. Es un modo de mirar las cosas y manipularlas, eficaz para nuestros intereses, pero incapaz de ahondar en el lado interno del asunto. Leibniz se opuso a una filosofía natural mecánica. No negaba a las ciencias su derecho a explicar desde un punto de vista físico los fenómenos naturales. Sólo exigía que la física no se arrogara el derecho de decir todo lo que se puede decir sobre lo real. Ésa es también mi postura. El mundo de lo extenso y del mecanismo es mera manifestación de unas esencias psíquicas no extensas, sino «intensas», hechas de cualidades. Es innegable que existe una correspondencia entre las matemáticas y la realidad, pero es posible que haya asimismo otro tipo de relaciones. El mapa que traza la física, ya sea cuántica o newtoniana, no es perfecto ni exhaustivo, sino un mapa más.

La idea implícita en la afirmación de Heisenberg es que la mayoría de los físicos prefiere renunciar al localismo que al realismo. Algunos creemos que se puede renunciar a ambos. El no localismo convierte el espacio y el tiempo en irrelevantes, al menos a nivel cuántico. A nivel macroscópico, las cosas siguen como están. Hay quien llegó a sugerir que la no localidad era el descubrimiento más importante de la historia (Anaxágoras ya la había intuitido). Las implicaciones del asunto son enormes, pero no han sido asimiladas, ni siquiera procesadas. La experiencia psicodélica ayuda a conectar con la visión no local. Desde el *big bang* y a lo largo de la evolución cósmica, todas las partículas han interactuado con todas las demás. Incluso las partículas de los átomos de nuestro cuerpo podrían haber estado en contacto con el fuego original y con estrellas distantes, con las que, por tanto, estaríamos entrelazados. El universo aparece, pues, como una compleja red de partículas relacionadas unas con otras al margen de las limitaciones del espacio y del tiempo. Esa comunicación es interna (no se realiza a través de ninguna señal) y constitutiva de una materia «que respira luz», como he tratado de mostrar en otro libro.¹ Forma parte de su naturaleza dependiente. Los budistas lla-

1. *Materia que respira luz: ensayo de filosofía cuántica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2023.

maron a esa condición *pratītyasamutpāda*, «originación dependiente». La materia está atada al origen, *prakṛti* a *puruṣa*. Es como si todo fuera una unidad, y el universo, un diálogo de esa unidad consigo misma.

Según el paradigma dominante en las neurociencias, la conciencia es una propiedad emergente de la materia. Esto plantea el «problema difícil de la conciencia», pues no sabemos de hecho cómo emerge. La ciencia actual se limita a prometer una solución. La interpretación materialista sólo funciona si se proyecta en el futuro. Se advierte que la solución del problema de la conciencia es una salida en falso. Necesita una red de fieles que crean en esa promesa.

La molécula es un texto, cuyo ejemplo paradigmático es el ADN. Cada lenguaje es una suerte de prisión de la que uno se libera con otro lenguaje. El significado de cualquier signo o palabra es otro signo o palabra (Derrida) o un reajuste interior (Valéry). Para Derrida sólo existe una cadena de significantes que se remonta a un origen sin comienzo (o cuyo comienzo nos resulta inaccesible). Así, el significado es una especie de «ausencia», o, si se quiere, una ilusión, un espejismo o un arcoíris. Foucault viene a extender esta visión. Las palabras nunca son inocentes. Todo conocimiento es producto y expresión de las instituciones sociales que lo imponen (Estado, Iglesia, hospital, universidad, psiquiátrico). Y acaba causando sufrimiento o injusticia a aquellos que no encajan en sus moldes. Según Derrida, la deconstrucción supone un paso hacia la justicia y la libertad, aunque sería mejor decir que es un ajuste de cuentas, pues no propone ninguna orientación una vez que se ha desmontado el significado vigente. El único objetivo es deconstruir indefinidamente. En el universo simbólico, por el contrario, el símbolo sí mantiene una relación ontológica o inherente con aquello que simboliza. La visión extática o unitiva opera mediante el enigma y la paradoja. La expresión simbólica puede ser verdadera y falsa al mismo tiempo (no sigue, como el signo, la ley del tercero excluido, la cual viene a decir que un enunciado no puede ser al mismo tiempo verdadero y falso). El

símbolo es un puente. Cuando nos desplazamos del ámbito religioso al lingüístico, los símbolos se transforman en significados.

Hay un evidente parentesco entre el enigma filosófico, el oráculo, la poesía y el mito. De hecho, los antiguos griegos designaban con el término *symbola* a todos estos géneros, en los que no se aplica la lógica del tercero excluido. Es más, una posible definición de *simbólico* sería: «Aquello que es, al mismo tiempo, verdadero y falso». La realidad del símbolo es falsa en lo que a su aspecto visible se refiere. Pero es verdadera por señalar una realidad invisible, trascendente y significativa. Por un lado, esconde el significado; por el otro, nos orienta en su búsqueda. La lógica del símbolo es una lógica complementaria. El símbolo expresa lo que Pauli y Jung llamaban «sincronicidad» o «coincidencia significativa»: unas nupcias, un acuerdo o contrato. De nuevo, una no localidad.

La imaginación como sustancia primordial de la realidad. El conocimiento como armonización simpática. La observación causa el colapso de la función de onda y hace que la partícula aparezca como una realidad material. El rayo de Platón. Observación y materialización son instantáneas. Una misma cosa. Dentro de los estados alterados de la mente no hay diferencia entre percibir y concebir. Algo parecido ocurre en el ensueño: la mente proyecta una imagen al tiempo que la percibe. Ser es ser percibido. Percibir es dar a luz. Para las *upaniṣad* y el shivaísmo de Cachemira, las cosas son creadas por la vibración cósmica original. Por el sonido del mantra OM. El conocimiento como vibración al unísono, como simpatía. Erwin Schrödinger, que fue quien postuló la función de onda, era un gran lector de literatura filosófica hindú y budista, por lo que se mostraba sensible a estas asociaciones. Wolfgang Pauli escribe: «Superar los contrarios, lograr una síntesis de conocimiento racional y experiencia mística de la unidad, es el mito, explícito y tácito, de nuestro tiempo».

Lo que me propongo en las páginas que siguen, tomando como ejemplo la experiencia psicodélica y el diálogo con la inteligencia de las plantas, es poner de relieve que lo real no consiste en lo mental y lo físico, tampoco en sólo lo mental (idealismo) o sólo lo físico (materialismo). Lo real parece dual, pero, como afirman las

sabidurías orientales, en el fondo no lo es. Lo real es el magnetismo entre conciencia y naturaleza, que parecen dos pero se encuentran entrelazados. Ese lazo es la base de todo y a su vez puede asociarse, como hacen los poetas, al amor, o, si se prefiere, a cierto erotismo cósmico.

Ya lo he escrito en otro lugar:¹ lo real no habla. O, mejor, habla en el lenguaje en el que le preguntemos. Ésa es su cortesía. Y puede expresarse en cualquier idioma que inventemos. Las ciencias dependen de las matemáticas; las revelaciones, de los símbolos religiosos. No es de extrañar que los pitagóricos hicieran coincidir estos dos movimientos del espíritu. El símbolo matemático es incoloro y tiene un grado mayor de abstracción que el religioso, que es más sensible. La experiencia psicodélica propone un nuevo lenguaje que se sirve de la sabiduría encriptada en plantas y hongos, que es fundamento, sostén y testigo de las múltiples formas de vida del planeta. Trataré de descifrar esa otra inteligencia en el siguiente capítulo.

1. *Ibid.*